

### III.1

## Problemas de lingüística general en relación con la lexicografía. Aplicación a la lengua griega

### I. LA PALABRA COMO UNIDAD LINGÜISTICA

#### 1. LA UNIDAD «PALABRA»: EL INVENTARIO

Todo Diccionario de una lengua, un autor, un período, etc., trata de recoger un inventario completo de las palabras existentes; con excepción, claro está, del caso de los Diccionarios normativos, como el de la Real Academia Española, que dan solamente las palabras y acepciones que consideran «de buen uso». Además del inventario, un Diccionario no normativo trata de dar la definición semántica de todas las palabras que recoge, con todas sus acepciones. La diferencia entre el Diccionario monolingüe y el bilingüe es que el primero da esa definición mediante perífrasis en la misma lengua y el segundo mediante palabras o perífrasis en la lengua «de salida», a la cual se traduce.

Hemos visto que en la Antigüedad existen precedentes tanto de los Diccionarios normativos (léxicos de los distintos aticistas) como de los de finalidad puramente descriptiva. Son éstos los que, con las excepciones referidas, continúa la Lexicografía moderna. Pero la ambición de recoger todo el vocabulario de una lengua no es sin problema, aun prescindiendo de momento del problema semántico.

Por lo que se refiere a la Lexicografía griega la realización de un inventario completo de las palabras griegas es una empresa utópica. Hay una parte importante de la Literatura griega, según el lector podrá ver en diversos capítulos de II, para la cual carecemos de despojos exhaustivos de vocabulario: de léxicos, índices, estudios lexicográficos. Cada nueva publicación de esta índole nos ofrece nuevas palabras: el caso más notable lo ofrece el *A Patristic Greek Lexicon* de Lampe (Oxford, 1961 ss.), que a cada página de Liddell-Scott-Jones añade aproximadamente 10 palabras nuevas. Se encuentran sobre todo en gran número en los nuevos fragmentos poéticos que nos transmiten los papiros y también en inscripciones poéticas

como las del oráculo de Dídima. Pero también en toda suerte de textos en prosa no patrísticos, como, por poner dos únicos ejemplos, en los *Papyri Graecae Magicae* editados por Preisendanz (2.ª ed., Stuttgart, Teubner 1973-74) o en Hefestion al astrólogo, editado ahora en la colección Teubner (ed. Pingree, 1973-74), pero ya conocido desde antiguo.

Ello se debe a una característica de la lengua griega sobre la que llamábamos la atención en un trabajo publicado hace años<sup>1</sup>. Esta característica consiste en que el Griego, dentro de las unidades significativas, da una gran preferencia a la palabra. Allí donde, en otras lenguas, se recurriría a sintagmas o perífrasis para notar un nuevo significado, en Griego se recurre a la creación de nuevas palabras, derivadas o compuestas. De ahí el número grandísimo de *hapax*, palabras testimoniadas una sola vez, que se encuentran en los Diccionarios griegos: a veces, por causa de la pobreza de nuestra documentación, otras, sin duda, porque son creaciones momentáneas de un autor. Las palabras con una sola referencia (lo que normalmente quiere decir que o no hay otra o no es conocida) que aparecen en LSJ son muchos millares. Y la extensión del léxico griego antiguo, excluidos los nombres propios, se evalúa en más de las 80.000 palabras (aproximadamente) de LSJ.

Por otra parte, la lengua griega se ha desarrollado durante un período de tiempo muy extenso: tenemos testimonios de la misma desde el s. XIII (o el XV, quizá) a. C. hasta nuestros días. Aunque nos quedemos sólo con el Griego antiguo, hasta el 600 d. C., son de todos modos 2.000 años. Y su literatura se escinde en géneros muy diferentes, que usan precisamente un vocabulario en buena parte diferente, característico de los mismos. Un Diccionario griego representa, pues, un diasistema, un conjunto de vocabulario de distintas épocas y géneros o con significados diferentes en las distintas épocas y géneros.

Pero este inventario, más o menos incompleto, nos será siempre difícil asegurar que sea exacto. Es muy grave el problema del establecimiento de los lemas de un Diccionario y ello debido a que a veces están sometidos a dudas los límites de la palabra y también existen dudas sobre las formas flexionadas que deben atribuirse a una misma palabra y sobre si dos formas idénticas pertenecen a una misma palabra o no<sup>2</sup>. Esta parcial indeterminación de la palabra es, por lo demás, un simple caso dentro del más general de la indeterminación de todas las unidades lingüísticas. La indeterminación no tiene importancia al nivel de la lengua realizada, en que la interpretación semántica es total o de conjunto, pudiéndose prescindir ocasionalmente de la delimitación exacta de las unidades inferiores, la palabra en este caso<sup>3</sup>. En realidad estas unidades, como todas, son abstracciones que subsumen casos particula-

<sup>1</sup> «Ideas para una tipología del griego», *Estudios Clásicos* 12, 1968, pp. 225-248, recogido en *Estudios de Lingüística General*, 2.ª ed., Barcelona 1974, pp. 111-135.

<sup>2</sup> Cf. *Lingüística Estructural*, 2.ª ed., Madrid 1974, p. 246 ss.

<sup>3</sup> Cf. «Les unités linguistiques et le principe d'indeterminación», *Folia Lingüística* 1, 1967, pp. 146-152 y recogido en español en *Estudios de Lingüística General* 1 cit., pp. 101-110.

res, es decir, los distintos usos: éstos no tienen problemas, pero sí la abstracción. Y es ésta, sin embargo, lo que, por lo que a la palabra se refiere, ha de recoger un Diccionario. Este no puede ahorrarse el tomar decisiones, aunque sean en ocasiones decisiones arbitrarias, no justificadas por todos los casos de uso o todos los casos paralelos.

Encontramos, pues, respecto al establecimiento de los lemas de un Diccionario, los siguientes problemas:

a) Problemas del corte de palabras. Aunque habitualmente se da entre los rasgos de la palabra el de ser irrompible y el orden de sus elementos invariable, el hecho es que históricamente se han producido fenómenos de aglutinación y que resulta dudoso en griego en ocasiones si estamos ante dos palabras o ante una. Este es el caso, sobre todo, de los verbos con preverbio, que en Homero pueden a veces interpretarse de otro modo: como un adverbio y un verbo simple, separados por otra palabra (tmesis). Se da también el caso de la anástrofe (verbo seguido del preverbio, por otra parte interpretable a veces como un adverbio). Otras veces es dudoso si nos hallamos ante uno o dos adverbios o partículas: la decisión depende de que se acepte que hay aglutinación o no. En II.8.III encontrará el lector ejemplos concretos.

b) Problemas de la clasificación de formas. Nuestro concepto de palabra admite que existen algunas palabras, llamadas flexionadas, que comportan una serie de variantes gramaticales: de género, caso, voz, etc. Históricamente nos hallamos, unas veces, ante formas alargadas de antiguas formas no flexionadas; otras, ante antiguas formas independientes que luego se han considerado como formando parte de una misma palabra: así, en el caso de los llamados temas temporales de los verbos, antiguos verbos independientes. Ahora bien, en uno y otro caso han quedado a veces vacilaciones en la clasificación, de lo que se deducen ciertas incertidumbres en el establecimiento de los lemas. También de esto hablamos con ejemplos en II.8.III.

c) Problemas del significado. Una palabra es la unión de una forma dotada de determinadas características y de un contenido que se presume en principio que es unitario. Ciertas dudas o vacilaciones sobre la definición formal son las que plantean los problemas de lematización de los tipos a) y b). En cuanto al contenido, la existencia de dos significados absolutamente diferentes unidos a una misma forma o significante testimonia en principio que nos hallamos ante dos palabras. Es un problema de hominimia: dos palabras con igual significante.

Ahora bien, el problema de distinguir entre homónimos y acepciones de una misma palabra no es siempre fácil. En alemán *Glas* es 'cristal' y 'vaso'; en gr. δάμνημι es 'vencer, matar' (a un guerrero), 'violar' (a una mujer), 'domar' (a un animal): pero no sería adecuado establecer sobre esta base homónimos, palabras independientes. Hay pese a todo una unidad de signi-

ficado, los sentidos no se concretan en esas lenguas del modo tan tajante que sugieren las traducciones. Hay contextos en que más de una traducción es posible: así en el caso anterior de al. *Glas*, en el de gr. βίος 'vida' y 'hacienda'. Cf. más detalle infra.

El lexicógrafo necesita operar con criterios prácticos y desechar las interpretaciones subjetivas. La tradición generalmente aceptada es la de admitir que hay palabras diferentes cuando varía la clase de palabras: ingl. *bear* es como nombre una palabra ('oso'), como verbo otra ('llevar'). También, cuando la etimología es diferente: caso de gr. ἀνοσία, cf. II.8.III; de ἀφυλακτέω 'ladrar (ἀφ-υλακτέω) y 'no vigilar' (ἀ-φυλακτέω). En los demás casos se suele dar un lema único, sin duda por pensarse que en un tiempo los homónimos eran acepciones: el concepto de *banco* 'institución de crédito' viene, efectivamente, del de *banco* 'asiento'. Este criterio historicista no es aceptable en una descripción sincrónica, pero en Diccionarios que describen una lengua a lo largo de toda su historia y cuyo material ofrece toda clase de transiciones entre la homonimia y las acepciones es, sin duda, el único posible. Por otra parte, a veces se incluyen en un mismo lema dos palabras de etimología diferente, pero que han coincidido formalmente y se han fusionado semánticamente: así gr. ἔχω, de \**segho* 'retener, dominar' y \**uegho* 'conducir un vehículo', etc.

Finalmente, un Diccionario deberá incluir, en principio, todas las variantes flexionales de las palabras que recoge. Ahora bien, como estas variantes están estudiadas en las Gramáticas —la Gramática se refiere, precisamente, a los elementos más sistemáticos y regulares de la lengua—, en la práctica los Diccionarios pueden prescindir y prescinden de recoger esas variantes. Sin embargo, en el caso de formas menos regulares o propias de tal o cual dialecto o época, es usual que los Diccionarios las recojan. Este es el criterio que se ha seguido en el DGE, cf. II.8.

## 2. LA UNIDAD PALABRA: EL SIGNIFICADO EN RELACIÓN CON OTRAS UNIDADES

Hacemos abstracción, de momento, del problema de la hominimia y del de las acepciones en que se diferencia el significado de una palabra; también, de las organizaciones superiores (campos semánticos, clases y subclases de palabras) en que se integra dicho significado. Hay otra clase de problematismos referentes a él de los que queremos ocuparnos.

La palabra es una unidad integrada por otra u otras inferiores (morfemas, aunque también puede suceder que un morfema sea al tiempo una palabra) y que, a su vez, se integra en otras superiores (sintagmas, oraciones de diversos tipos). Su significado puede ser, pues, enfocado, bien como una suma de significados parciales, bien como una parte integrante de un significado superior. Veamos los dos puntos de vista separadamente.

Dado que el morfema, llamado por otros monema, es la unidad significativa elemental, hay quien ha postulado que el análisis semántico debería hacerse a partir de él y que, incluso, sería conveniente hacer diccionarios de

morfemas<sup>1</sup>. Pero éste es, a todas luces, un proceder equivocado, al menos en lenguas como las indoeuropeas que atribuyen a la palabra un papel mucho más relevante que el del morfema.

Las objeciones son numerosas:

a) La segmentación en morfemas de la palabra es con frecuencia muy difícil, pues varían en las diversas formas flexionales y existen hechos de amalgama. Por otra parte, es muy frecuente el sincretismo: un morfema tiene simultáneamente varios significados: indica a la vez, por ejemplo, femenino, nominativo y sg. (caso de la  $-\alpha$  final en Griego).

b) El significado de los morfemas se degrada con frecuencia, hasta hacerse puramente distintivo: caso muchas veces citado, en español, de *re-*, *con-*, *di-* etcétera, seguidos de *-ferir*. En diversos usos, el que formalmente es el mismo morfema, tiene significados muy diferentes o no tiene ninguno. Esto es frecuente en elementos morfológicos como la vocal temática y alargamientos diversos.

c) Aun en los casos en que la segmentación en morfemas es clara y el significado de éstos es inequívoco, siempre queda que el significado de la palabra no es la suma de los significados de los morfemas. Estos están entre sí en diversas relaciones (determinaciones sucesivas y otras).

En realidad, la comprensión del sentido de la palabra es total; las unidades inferiores que engloba con frecuencia no acceden a nuestra conciencia más que al nivel distintivo o cuando, mediante un acto de reflexión, realizamos un análisis del significado. Lo mismo sucede respecto a las relaciones entre esos morfemas.

Continúa, pues, siendo mucho más práctico definir el significado de la palabra bien por paráfrasis dentro de la misma lengua bien por traducciones a otra, aunque en ocasiones lo que se haga es exponer, directa o indirectamente, significados parciales de los morfemas y relaciones entre los mismos. La insuficiencia de convertir en general y sistemático este proceder se ve porque el análisis componencial del significado, al que en otro lugar nos referiremos, trabaja independientemente de la división en morfemas, demasiado obscurecida en nuestras lenguas.

Con esto tenemos contestada la primera cuestión: si analizar el significado de la palabra en significados parciales, de los morfemas que la forman. La segunda cuestión parte del hecho de que, a su vez, la palabra es un componente de un significado más amplio, el del sintagma o la oración e incluso unidades superiores.

Es absolutamente evidente, desde luego, que el significado de la palabra con muchísima frecuencia no queda completamente definido hasta que lo integramos dentro de las unidades de que forma parte. Al hablar de las

<sup>1</sup> Cf. por ejemplo L. Antal, *Questions of Meaning*, La Haya 1963, «Sobre el significado de las unidades lingüísticas», *Estudios de Lingüística General* cit., pp. 91-100.

acepciones, el uso figurado, el valor de estilo, etc., esperamos poner en claro la gran importancia de este punto de vista. Ahora bien, el problema consiste en que nos apoyamos en el significado de la unidad inferior, palabra, para establecer el de las superiores; y nos apoyamos en la visión global de este significado para establecer analíticamente el de la palabra. Nos hallamos ante un círculo vicioso: toda definición que se dé desde un punto de partida o desde otro es solamente provisional.

El partir de la palabra obliga, ciertamente, al Diccionario a especificar significados diferentes en función de las unidades superiores: es decir, de la distribución dentro de la frase. Pero aun así es el recurso analítico más práctico. Es lo contrario de lo que veíamos antes: el significado de la palabra es precisado analíticamente mediante el de los morfemas, pero es más práctico partir de la palabra.

La palabra es, en nuestras lenguas, el centro de cristalización más claro del significado, aunque sólo se complete con la referencia a las unidades inferiores y superiores; aunque, de resultas de esta última referencia, según la distribución el significado variará y el significado total o general de la palabra como abstracción se tornará problemático. La palabra en sí, aislada, no tiene existencia; lleva una serie de referencias a su integración en unidades superiores y a su división en inferiores y solo a partir de ellas se concreta el sentido en cada uso particular. Pero como instrumento de análisis del significado es el más real y vivo de que disponemos. En todo caso, su estudio en los Diccionarios y en obras de Semántica no es obstáculo al estudio de los significados de otras unidades en otras parcelas del estudio lingüístico.

Conviene, sin embargo, especificar que el Diccionario es el lugar adecuado para tratar casos en que los límites entre la palabra y el sintagma tienden a borrarse y otros en que la palabra es, al tiempo, una oración.

El primer caso es el de sintagmas cuyo significado es unitario y dentro de los cuales las palabras funcionan, en realidad, como morfemas con valor a veces puramente distintivo; pero que desde el punto de vista formal (existencia de junturas intermedias, de acentos independientes, etc.) están constituidos por dos o más palabras. Estos sintagmas son los que Pottier ha llamado *lexías* y equivalen a casi todos los efectos a una palabra: tipo *diente de león* para designar una planta. En realidad, un Diccionario debería considerar a las *lexías* como lemas independientes: pero hay casos de transición que hacen que resulte generalmente más práctico incluirlas, a modo de apéndice, en los lemas de una u otra de las palabras que las componen. Aunque no se trata de que el sentido de una palabra sea precisado en un contexto especial, sino de una síntesis total.

También se recoge dentro de los lemas normales de las palabras el caso en que una palabra es usada como una oración. Que una unidad funcione al tiempo como equivalente a una superior es normal: de igual modo que hay morfemas que son al tiempo palabras, hay palabras que en ocasiones al menos, son al tiempo oraciones (*fuego!*). Esto puede notarse dentro del lema respectivo, cuando no resulta innecesario por resultar obvio en el contexto.

## 3. LA UNIDAD PALABRA: SIGNIFICADO SEMÁNTICO Y SIGNIFICADO GRAMATICAL

Hay que hacer algunas observaciones y que sentar algunas precisiones en relación con el carácter semántico o no semántico de los significados a que se refieren los Diccionarios. Pues sobre esto suele haber bastantes confusiones.

Más que con el término «semántico» conviene operar con el término «lexical». Efectivamente, carácter semántico se atribuye a ciertos usos gramaticales que no por ello dejan de ser tales: un caso locativo o un genitivo de precio tienen, en definitiva, iguales significados que determinados adverbios o determinados nombres. Por supuesto, un Diccionario no se ocupa de nada de esto. Inversamente, una palabra como *padre* tiene por lo menos dos niveles de significación: uno lexical y otro gramatical, el de «masculino» y «sg.». El Diccionario podrá hacer constar (explícitamente o por exclusión) que se trata de un masc. y un sg., pero no definirá qué es el masculino o el singular, sólo se ocupará del significado lexical.

En suma, significado «lexical» quiere decir «significado de las palabras»: de esto es de lo que se ocupa un Diccionario. Y, concretamente, del significado de las palabras una a una, *per se*, y no como parte de un grupo de palabras o formas (nominativo, femenino...) En una palabra como *madre* el significado lexical que interesa al Diccionario es un significado semántico: este término designa no ya lo específico o concreto, sino, sobre todo, lo no generalizado, no usado con carácter sistemático. Pero en una palabra como *a* el significado lexical que interesa al Diccionario es un significado gramatical. Mientras que un Diccionario de una lengua de casos, como el griego, no se ocupa del significado del acusativo o el dativo, el de una lengua sin ellos, como el español, se ocupa del significado de la preposición *a*, más o menos próximo al de esos casos. Y un Diccionario del griego se ocupa del significado de otras palabras gramaticales como preposiciones, artículo, etc.

Hay, pues, una cierta arbitrariedad en cuanto al significado estudiado por los Diccionarios: arbitrariedad que se justifica mediante su referencia a lo propiamente lexical. Las cosas son aproximadamente como sigue<sup>1</sup>.

Un texto de una lengua comprende, si tomamos la palabra como unidad, a) una serie de unidades, b) una serie de clasificaciones de esas unidades, c) una serie de relaciones entre las primeras. Las unidades son, según nuestra posición de principio, palabras, que son estudiadas en su significado lexical.

Ahora bien, las clasificaciones de las palabras sólo en cierta medida son realizadas con ayuda de otras palabras, así por el artículo cuando sustantiviza un adjetivo: estas palabras gramaticales son ciertamente estudiadas, pero

<sup>1</sup> Respecto a los conceptos que manejamos, cf. «Rasgos semánticos, rasgos gramaticales y rasgos sintácticos», *RSEL* 2, 1972, pp. 249-258 y *Estudios de Semántica y Sintaxis*, Barcelona 1975, pp. 197-207.

cuando la clasificación o categorización se realiza mediante la forma de la palabra o mediante elementos ajenos a ellas (concordancia, orden de palabras, etc.) no es estudiada por los Diccionarios que, todo lo más, indican de un modo u otro si se trata de un fem. o un pl. o un verbo trans. o un nombre o un adjetivo, etc. En las palabras flexionales, de otra parte, los Diccionarios eligen arbitrariamente una forma en representación de la palabra: por ello ni siquiera indican que la forma que dan es un nom. sg. o una 1. pers. sg. de ind. pres. act. Y menos se ocupan de decir nada sobre el significado gramatical de las formas que no se dan como lema.

Hay que hacer, sin embargo, alguna restricción sobre lo que acabamos de decir. Un Diccionario Griego-Español dará en ocasiones un tratamiento especial, dentro de un verbo, a las formas de voz media o de aoristo, por ejemplo. Ello se debe a que el anisomorfismo del griego respecto al español hace que categorías como éstas no sean directamente traducibles por otras categorías gramaticales y se traduzcan mediante el recurso al léxico. El aor. ἔγνων de γινώσκω se traduce bien, con frecuencia, por 'darse cuenta' en vez de 'conocer', ἔστησα es 'detener' frente a ἔστην 'detenerse'.

Por lo que respecta al punto c) de arriba, las relaciones entre las unidades, hay que decir cosas semejantes. En la medida en que se notan mediante palabras, estas palabras serán estudiadas por el Diccionario, aunque sus significados lexicales sean puramente gramaticales. En cambio, cuando la relación se marca mediante sufijos o desinencias de las palabras o mediante el orden de palabras y otros recursos, quedan fuera del estudio del Diccionario. Puede suceder así que una palabra tenga tres niveles de significado: lexical semántico; categorial o clasificatorio; propiamente sintáctico: así, cuando la marca de género es al tiempo, en virtud de la concordancia, indicio sintáctico de relación. Pues bien, sólo lo lexical es estudiado.

Queda fuera del centro de estudio del lexicógrafo el elucidar problemas del significado gramatical, tales como los elementos de este que son puramente clasificatorios o relacionales en general. Pero cuando un significado lexical es gramatical, es estudiado igual que si fuera semántico. Y ello con buena razón, puesto que los principios del significado gramatical son los mismos del significado semántico: se accede a él, en la medida en que se accede, mediante la misma combinación de la consideración paradigmática y la sintagmática, el mismo recurso a distinguir centro y márgenes, etc.<sup>1</sup>.

La separación del estudio del significado gramatical encarnado en palabras y de aquel otro que es un segundo nivel de significado de palabras lexicales o de las diversas formas de las mismas es, pues, cosa de conveniencia metodológica, de división práctica del trabajo: nada más.

Esto está de acuerdo con las ideas que cada vez en mayor medida se imponen sobre las relaciones entre Semántica y Sintaxis (Gramática diríamos

<sup>1</sup> Cf. en general *Linguística Estructural* cit., caps. VIII y IX.

nosotros). Efectivamente, las más antiguas formulaciones de la Gramática Generativa, primero las de Chomsky en sus *Semantic Structures*<sup>1</sup> y luego las de Katz y Fodor<sup>2</sup>, sostenían que la estructura profunda de una lengua (las oraciones nucleares, se decía en un primer momento) estaba constituida por una serie de marcadores sintácticos que establecían relaciones entre una serie de términos definidos por su clase de palabras; luego intervenían, para llegar a la estructura de superficie, unas reglas de transformación y una interpretación semántica. Es decir, la semántica comenzaba allí donde terminaba la gramática: las palabras de las distintas clases y subclases se introducían allí donde la Sintaxis lo permitía y con las acepciones que esa Sintaxis y, luego, las distintas palabras, aceptaban como compatibles. Pues bien, esta teoría<sup>3</sup> se encuentra hoy prácticamente rebasada en los nuevos estudios de Gramática Generativa.

Encontramos, efectivamente, en estas corrientes algunos puntos de vista que nos interesan desde el que ahora nos ocupa:

a) Tiende a abandonarse la idea de una estructura profunda dominada por las clases de palabras y los tipos de relaciones y oraciones de las lenguas indoeuropeas y, más concretamente, del inglés. La tendencia a considerar la estructura profunda de las lenguas como universal choca, en efecto, con la adopción como tal de una basada, en el fondo, en una lengua particular<sup>4</sup>. De ahí la reacción de autores como Lakoff y Fillmore<sup>5</sup> que encuentran en la estructura profunda de todas las lenguas una serie de estructuras derivadas de la lógica natural. Piénsese lo que se quiera de esto<sup>6</sup> resulta claro que la época de la absoluta separación de Sintaxis y Semántica y de la preminencia de la primera sobre la segunda ha pasado.

b) Aun sin llegarse a esto, ya desde Chomsky, *Aspects* (1965) se veía claro lo problemático que resulta el trazar los límites y las dependencias entre Sintaxis y Semántica. En otro trabajo posterior el mismo autor<sup>7</sup> accedía a incluir en la estructura profunda ciertos rasgos semánticos. Lakoff, Fillmore, Weinreich<sup>8</sup> y otros autores más han insistido en que o bien hay elementos sintácticos en la estructura profunda o bien Sintaxis y Semántica constituyen

<sup>1</sup> La Haya 1957.

<sup>2</sup> «The Structure of a Semantic Theory», *Language* 39, 1963, pp. 170-202.

<sup>3</sup> Especificada y defendida por Katz, J. J. y Postal, J. A., *An integrated Theory of Linguistic Description*, Cambridge, Mass., 1964, Chomsky, N., *Aspects of the Theory of Syntax*, Cambridge, Mass., 1965; Katz, J. J., *Semantic Theory*, New York 1972.

<sup>4</sup> Cf. nuestra crítica en *Lingüística Estructural* cit., p. 480.

<sup>5</sup> Los más importantes trabajos de Lakoff están recogidos en *Semántica y Sintaxis en la Gramática Transformatoria*, ed. V. Sánchez de Zavala, Madrid 1974. Para Fillmore véase entre otros «The Case for Case», en E. Bach y R.T. Harms, *Universals in Linguistic Theory*, New York 1968.

<sup>6</sup> Cf. *Lingüística Estructural* cit., p. 943 ss.

<sup>7</sup> Cf. Chomsky, *Studies on Semantics in Generative Grammar*, La Haya 1972.

<sup>8</sup> *Explorations in Semantic Theory* en Sebeok ed., *Current Trends in Linguistics*, III, La Haya 1966.

un solo componente o, incluso en que el componente más profundo sería de índole semántica. Sánchez de Zavala ha formulado esto<sup>1</sup> diciendo que la sintaxis introduce una serie de cortapisas al componente semántico. Por su parte Jackendorff<sup>2</sup> opina con razón que al hacerse muy abstracta la estructura profunda, de naturaleza sintáctica, se hace imposible fundar en ella la totalidad de la interpretación semántica: debe proceder de varios niveles de transformación.

Nosotros pensamos que todo esto es, todavía, insuficiente: que Sintaxis y Semántica se refieren a una misma cosa, aunque tengan transiciones y una tendencia a la polarización; la clasificación es en buena parte cuestión de conveniencia, cosa arbitraria. Y que, igualmente, la distinción de una o varias estructuras profundas y la atribución de los distintos elementos a unas u otras, depende de criterios de clasificación nuestros, no de cosas que existen en sí. Véase nuestro trabajo «Reflexiones sobre Semántica, Sintaxis y Estructura Profunda», *RSEL* 6, 1976, p. 1 ss.

c) Aludamos también a la hipótesis, de que más adelante nos ocuparemos, de que existen universales semánticos en la estructura profunda: universales que luego cada lengua organiza a su manera en un léxico propio.

En definitiva y volviendo a lo que más de cerca nos interesa: las relaciones entre las palabras se deducen de su propia coexistencia dentro de la palabra. Ahora bien, aquellas que son más frecuentes y regulares, las relaciones (y también las clasificaciones) gramaticales, tienden a formalizarse, expresándose mediante marcas como el orden de palabras, los sufijos, desinencias y, también, mediante palabras especiales. No siempre es así, hemos visto que en ocasiones una palabra tiene «niveles» de sentido semántico, categorial y puramente sintáctico: el segundo y tercero derivados, sin duda<sup>3</sup>.

La Gramática es, sin duda, un nivel secundario, creado para clasificar unidades y relaciones y para crear significados sistemáticos. Se expresa de varias maneras y es convencional estudiarlas en un Diccionario o una Gramática: en el fondo todos estos significados operan sobre unos mismos principios, aunque han introducido secundariamente algunas diferencias, como es el caso de los significados gramaticales puramente clasificatorios que no hallan paralelo en lo lexical.

<sup>1</sup> *Hacia una epistemología del lenguaje*, Madrid 1972, p. 90.

<sup>2</sup> *Semantic Interpretation in generative Grammar*, Cambridge, Mass., 1972.

<sup>3</sup> Desde el punto de vista estructuralista se llega también a conclusiones semejantes, así en Nagy, G. O., *Abriss einer funktionellen Semantik*, La Haya 1973.

## II. PALABRA Y CAMPO SEMÁNTICO

### I. GENERALIDADES

Un Diccionario ordena las palabras en un orden alfabético, es decir, en un orden convencional que no tiene más justificación que su carácter práctico. En realidad, nosotros distinguimos el significado de las palabras por su oposición al de otras palabras que conocemos y que poseen idéntica o análoga distribución. Las palabras que son capaces de conmutarse cambiando el sentido de todo el pasaje constituyen un campo semántico. O, si se quiere, un campo semántico es un paradigma lexical que fragmenta y organiza en un sistema complejo de oposiciones un continuo semántico. En consecuencia, el significado de una palabra solamente puede establecerse con ayuda de las oposiciones que contrae dentro de su propio campo semántico. Es ésta una concepción que contrasta con la de la antigua escuela que estudiaba las palabras en monografías independientes: escuela que produjo una abundante bibliografía a partir del estudio de Heinze sobre *Fides*<sup>1</sup> y que, concretamente, ha dedicado mucho trabajo al estudio de diversas palabras de importancia cultural dentro del léxico griego: cf. infra. p.

El estudio de los campos semánticos arranca del libro de J. Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*<sup>2</sup> y ha sido y es importante en las escuelas lingüísticas europeas. Continúa en realidad la consideración paradigmática de los «valores» de las palabras inaugurada por Saussure. A esta orientación paradigmática del estudio de los contenidos responden trabajos numerosos de Coseriu, Pottier, Glinz, Lyons, Geckeler, Lehrer, Alinei, Apresjan, Trujillo, de mí mismo. Doy la bibliografía más fundamental: Coseriu, E., «Pour une Sémantique diachronique structurale», *TLLS*, 2, 1964, 139 ss. y trabajos posteriores, cf. *Probleme der strukturellen Semantik*, Tübingen 1973; Pottier, B., *Linguistique Générale. Théorie et Description*, Paris 1974 (última exposición, después de otras varias); Glinz, H., *Grundbegriffe und Methoden inhaltsbezogener Text- und Sprachanalyse*, Düsseldorf 1965 (tendencia emparentada, solamente); Lyons, J., *Structural Semantics*, Oxford 1963; Geckeler, M., *Strukturelle Semantik und Wortfeldtheorie*, Munich 1971<sup>3</sup> (doctrina de Coseriu, casi exclusivamente); Lehrer, A., *Semantic Fields and Lexical Structure*, Amsterdam 1974; Alinei, M., *La struttura del Lessico*, Bolonia 1974; Apresjan, O., «Analyse distributionnelle des significations et champs sémantiques structurés», *Langages* 1, 1969, pp. 44-74 y *Principles and Methods of Contemporary Structural Linguistics*, La Haya 1973 (sobre todo p. 274 ss. «Models of Semantic Analysis and Synthesis»); Truji-

<sup>1</sup> 1929. Recogido en *Vom Geist des Römertums*, Leipzig-Berlin 1939, pp. 25-58.

<sup>2</sup> Heidelberg 1931.

<sup>3</sup> Trad. esp., Madrid 1976.

llo, R., *El campo semántico de la valoración intelectual en español*, La Laguna 1970; la exposición de conjunto de R. Hoberg, *Die Lehre vom Sprachlichen Feld*, Düsseldorf 1970. Mis trabajos (que arrancan de 1964) están recogidos en los dos libros *Estudios de Lingüística General* y *Estudios de Semántica y Sintaxis*, así como en la *Lingüística Estructural*. Véase varios trabajos de diversos autores recogidos en A. Rey, *La Lexicologie*, París 1970.

Ahora bien, hay que hacer constar, de una parte, que dista de existir en este momento una teoría general del campo semántico y de las oposiciones en él contenidas; y que, de otra parte, no contamos en absoluto con descripciones de campos semánticos particulares que hagan posible tener en cuenta sistemáticamente este punto de vista al redactar un Diccionario. Ello es especialmente cierto en el caso del Griego antiguo. Aun así, trataremos de exponer el estado de la cuestión y las posibilidades, para un futuro más o menos próximo, de utilizar sistemáticamente el estudio de los campos semánticos para la redacción de artículos en los Diccionarios, y concretamente, en el Diccionario del Griego antiguo.

Nos apoyamos, de una parte, en estudios monográficos nuestros<sup>1</sup> o de nuestros discípulos<sup>2</sup>; y también, en datos procedentes del *DGE*; además, en nuestras tomas de posición teóricas en los libros ya mencionados, más una serie de consecuencias obtenidas de libros y artículos a que hemos hecho alusión y que, en ocasiones, son posteriores a la redacción de nuestros trabajos.

Pensamos que la totalidad del léxico de una lengua debe considerarse como interrelacionada, como ha propuesto explícitamente Alinei. Una palabra puede entrar alternativamente en dos campos semánticos, según el rasgo o rasgo distintivo que se constituye en foco: con lo cual, añadimos nosotros, se crean dos acepciones. Una palabra puede reclasificarse, pasando de un campo a otro; y ello según la fecha, el dialecto, el nivel de lengua, especializaciones diversas en lenguas especiales o por efecto de innovaciones individuales.

Por otra parte, los campos se oponen y jerarquizan entre sí. Alinei distingue entre dominios, con un solo rasgo distintivo común, así el del «caballo», y sistemas, con dos rasgos, así el del «sonido del caballo». La jerarquía sube hacia arriba y, también, baja hacia abajo si cortamos en algún punto el árbol del «sonido del caballo». Lateralmente los cortes que podamos hacer son bastante arbitrarios. Nosotros preferimos, como Alinei y al contrario de Apresjan, introducir dentro de un mismo campo clases y subclases de palabras diferentes; introducimos también antónimos, sinónimos, etc., cosa por lo demás habitual.

<sup>1</sup> Cf. mis tres trabajos «Lengua, Ontología y Lógica en los sofistas y Platón», «El campo semántico del amor en Safo» y «El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico», recogidos en *Estudios de Semántica y Sintaxis*.

<sup>2</sup> Trabajos de E. Gangutia; C. Roura; J. L. Calvo; O. Guntiñas citados más adelante.

Sólo dentro de este tejido y, más concretamente, de las oposiciones que en él se dan, puede comprenderse cómo actúa la función significativa de la lengua. Con frecuencia es descrito con excesiva simplicidad; no se habla de la posibilidad de que una palabra pertenezca a dos campos ni se relaciona el tema de los campos semánticos con el de los distintos tipos de semas: es decir, se rehúye el tema de la existencia de acepciones al tratar de los campos. Tampoco se insiste apenas en la mutabilidad de éstos dentro de una misma lengua, en la existencia de campos «paralelos» o parcialmente coincidentes, de que hablaremos, en la multiplicidad de organización de los campos: árboles, cadenas, paradigmas sobre más de un rasgo; campos simétricos y asimétricos, con expresión o no independiente de los géneros, con o sin neutralizaciones. Para todo esto remitimos al capítulo anterior y a anteriores exposiciones nuestras.

Pienso, de todas maneras, que con todas las diferencias existentes, la noción de campo semántico ha alcanzado un nivel de generalidad suficiente para poder intentar utilizarla al redactar un Diccionario. Es claro que representa una abstracción: que si en principio las oposiciones son en igual distribución, las asimetrías y otros fenómenos han hecho que el conjunto de palabras de un campo formen una entidad aunque las oposiciones sólo en ciertas circunstancias tengan lugar. Igual sucede en paradigmas gramaticales complejos, como, por ejemplo, el de los casos: un acusativo y un genitivo no pueden oponerse en todas las distribuciones, pero no por ello dejan de pertenecer al mismo paradigma. Pues bien, esta abstracción, como todas las abstracciones lingüísticas, se justifica por la utilidad de la clasificación que engloba: la de una serie de palabras y acepciones de las mismas que actúan en un espacio distribucional suficientemente homogéneo.

Hablemos ahora ya de las oposiciones de las palabras dentro de los campos, haciendo abstracción de momento del caso en que una palabra aparece alternativa o simultáneamente en dos campos o aparece en dos formas diversas adoptadas en el mismo campo: cosas ambas que se traducen en la existencia de acepciones. Lo que nos interesa aquí ver es cómo se traducen a nivel de Diccionario los rasgos distintivos o, si se quiere, los semas que actúan en las oposiciones.

## 2. PALABRAS DENTRO DE UN CAMPO SEMÁNTICO

Las oposiciones que las palabras contraen dentro de un campo semántico son, según es sabido, de varios tipos<sup>1</sup>. Encontramos fundamentalmente:

a) Oposiciones restrictivas (privativas) en que los dos términos tienen sentidos diferenciados por un rasgo distintivo pero, además, uno de ellos (el

---

<sup>1</sup> Cf. supra así como *Lingüística Estructural*, p. 498 ss. y *Estudios de Semántica y Sintaxis*, p. 123 ss.

negativo) puede tener, en determinadas distribuciones, un sentido neutro respecto a la oposición.

b) Oposiciones distintivas (equivalentes), en que el uso neutro aparece en ambos términos.

c) Oposiciones exclusivas, sin uso neutro en ningún término.

d) Oposiciones graduales.

Es bien claro que en todos estos casos los sentidos polarizados o neutros deben entrar en un Diccionario al nivel de acepciones, pero lo lógico sería que una vez que se hiciera la descripción completa del sistema de campos semánticos de una lengua, se hiciera referencia a la situación de las acepciones en el campo semántico respectivo. Se introduciría, por ej., en *άνήρ* una acepción «varón» (como opuesto a *γυνή*) y otra «hombre» (con neutralización de la oposición, en frases como *πατήρ άνδρων τε θεών τε*). Para definir *δαίμων* es preciso hacer referencia al término opuesto *θεός*, con indicación de la diferencia: *δαίμων* se refiere a un dios no personal; pero hay que hacer referencia igualmente a los hechos de neutralización de este sistema por los cuales *δαίμων* puede aplicarse, por ej., a Afrodita (*Il.* 3.420) o, al revés, *θεός* es una divinidad cualquiera<sup>1</sup>.

Pensamos que una atención a estos hechos opositivos es necesaria para dar una buena descripción de las acepciones de una palabra. Hay que hacer constar, por ej., en *γυνή* que, como término positivo de una oposición, no se neutraliza; o al hablar de *ὄδε* hay que hacer referencia a su oposición con *οὗτος* y a que el rasgo distintivo de la misma puede variar, ocasionando dos acepciones de ambas palabras: ya apuntan a personas diferentes (*ὄδε* «yo»/*οὗτος* «tu») ya a segmentos diferentes del discurso (*ὄδε* referido a lo que sigue, *οὗτος* a lo que precede). En oposiciones graduales es conveniente, igualmente, la referencia al sistema. No es indiferente, en efecto, hacer constar que *νεανίας* figura situado en una escala en que le rodean *παῖς* y *άνήρ*.

Otro punto de interés es el relativo a los términos genéricos que, en ocasiones, subsumen el significado de dos o más términos opuestos, lo que evita el recurso a la neutralización. *Ἄνθρωπος* subsume *άνήρ* y *γυνή*, por ejemplo, y de aquí hay que partir para entender ciertos empleos estilísticos de la palabra, cuando se dice, por ejemplo, *ἡ άνθρωπος* de una esclava. También las cadenas presentan términos genéricos. Por ejemplo, en el momento en que en griego los nombres de las cuatro estaciones, *ἔαρ*, *θέρος*, *ὀπώρη* y *χειμών* forman una cadena, *θέρος* al tiempo que como término específico funciona como término genérico del «no-verano» y Tucídides puede escribir (5.40) *ἀμα δὲ τῷ ἡρι εὐθύς τοῦ ἐπιγιγνομένου θέρους*. Es importante notar esto explícitamente.

Ahora bien, estas oposiciones se dan dentro de campos semánticos de estructuras muy variadas, que nunca han sido descritas exhaustivamente. Por no

<sup>1</sup> Cf. más detalles en *Estudios de Lingüística General* cit., p. 44.

hablar de los «campos paralelos», a que haremos referencia en seguida, hay que apuntar a las graves asimetrías que se observan en los campos y no sólo a las referentes a la existencia o no de términos genéricos. No sólo hay árboles (ramificados muy diversamente) y cadenas, así como combinaciones de lo uno y lo otro, sino también paradigmas en que entran simultáneamente más de dos rasgos, tipos concéntricos en que se escalonan oposiciones en que se añade siempre un nuevo rasgo, etc. He aquí unos pocos ejemplos.

El sistema de los términos económicos de Homero, tal como ha sido estudiado por E. Gangutia<sup>1</sup>, puede representarse mediante un árbol en el que κτήματα es término genérico de κτεάτεσσι y βίτος, los cuales a su vez son términos negativos frente a, respectivamente, κειμήλια y σίτος, μέθυ. Hasta aquí todo está en orden. Pero πρόβασις «ganado» está subordinado tanto a κτεάτεσσι como a βίτος que funcionan, ambos, como términos negativos frente al primero. De donde se deduce que κτεάτεσσι puede ser tanto «objetos de metal» como «ganado», βίτος tanto «grano», «vino» como «ganado». Es bien claro que todo esto tiene importancia semántica y que al analizar cada término debe hacerse referencia a los demás.

A los paradigmas hemos de referirnos a propósito de las palabras que se encuentran simultáneamente en varios campos: se trata del caso en que el rasgo semántico con que un término se opone a otro es al tiempo común a un segundo campo semántico. Pero aquí vamos a hacer referencia a los campos concéntricos, como el de los verbos de acción sacral en griego, estudiados por J. L. Calvo<sup>2</sup>. Un verbo τελέω relativo a la acción sacral en general, funciona como término negativo frente a δράω, que acentúa el rasgo «movimiento físico» en ciertos contextos; éste a su vez es término negativo frente a ὀρχέομαι «danzar»; y en otros más reducidos este verbo comporta a su vez un término negativo μιμέομαι «realizar miméticamente».

Lo que acabamos de decir nos hace entrar en otro punto que también es importante: el del contexto. Hemos dicho que las palabras contraen oposiciones dentro de contextos determinados: y precisamente esos contextos son el mejor recurso para definir la base de las oposiciones. En estudios nuestros sobre el amor sáfico o la filosofía heraclítea<sup>3</sup> hemos puesto de relieve este punto de vista. No son definibles los verbos de «amar» en Safo si no se explicita que sólo admiten como sujeto al agente o amante; ni es definible el λόγος y sus cuasisinónimos en Heráclito si no se describen sus distribuciones y se dice que excluyen el que sean sujetos de un verbo transitivo.

Finalmente, dentro de este apartado, resulta interesante aludir a palabras que se refieren a lo mismo (al menos en algunos de sus usos) pero a partir de campos semánticos diferentes. Así, junto a ἔραμαι y otros verbos aparece en

<sup>1</sup> «Sobre el vocabulario económico de Homero y Hesíodo», *Emerita* 37, 1969, pp. 63-92.

<sup>2</sup> Tesis doctoral *Investigaciones estructurales sobre el vocabulario religioso griego*, Madrid 1971 (inédita).

<sup>3</sup> «El campo semántico del amor en Safo» y «El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico», recogidos en *Estudios de Semántica y Sintaxis* cit., p. 247 ss.

Safo *φίλημμι* exactamente en las mismas distribuciones; pero también en otras. Lleva no sólo el sujeto de la relación amorosa, sino también el objeto; lleva un complemento no personal (la *ἀβροσύνα* por ejemplo); se refiere también a relaciones familiares. Así, la relación amante-amado expresada por *ἔραμαι* tiene un matiz diferente (deseo) de la expresada por *φίλημμι* (intimidad de grupo); parece útil mencionarlo. Y más que, dado el carácter en el fondo artificioso de la separación de los campos semánticos, podemos muy bien incluir el uso que nos interesa de *φίλημμι* en el campo del *ἔρος*: estaría, pues, simultáneamente en dos campos, situación que es la que estudiamos en 4.

### 3. PALABRAS EN CAMPOS SEMÁNTICOS ALTERNATIVOS, PARALELOS O SIMULTÁNEOS

La existencia de un campo semántico fijo en el cual está definitivamente integrada una palabra es en el fondo una ficción, sobre todo si nuestro objeto de estudio es una lengua con una larga historia y una rica diferenciación dialectal, literaria y sociolingüística, caso del griego.

Una palabra puede estar integrada alternativamente en varios sistemas paralelos. Por ejemplo, es frecuente la oposición *παῖς/άνήρ*, pero no lo es menos la que presenta un término intermedio, *παῖς/νεανίας/άνήρ*; si a ello se añade la existencia de una oposición paralela *νέος/γέρων* que reparte en forma diferente el tiempo y que en cierta medida está neutralizada por *νεανίας* se verá lo complejo de la situación. *Νέος* opuesto a *γέρων* y *παλαιός* se refiere a personas y cosas, pero en otra oposición alternativa, frente a *γηραιός* y *πρέσβυς*, se refiere sólo a personas. Y hay que añadir que estas oposiciones no coexisten todas en griego, algunos de los términos mencionados son sólo homéricos<sup>1</sup>.

Por otra parte, los campos semánticos evolucionan con el tiempo. Del sistema de las dos estaciones, una de ellas subdividida, se pasa en griego antiguo al sistema de las cuatro estaciones, con oposiciones exclusivas: ambos sistemas conviven durante cierto tiempo. Del complejo sistema «muerte/vida» descrito por E. Gangutia para la época homérica y arcaica<sup>2</sup> se pasó a partir de Platón a uno que tenía ya un término específico, *ζωή*, para la «vida», que oponía *σῶμα/ψυχή* como «cuerpo»/«alma», etc.

Es precisamente la creación en Grecia del pensamiento filosófico y científico la que llevó a la creación de términos técnicos de sentido inequívoco, con oposiciones exclusivas: es decir, a la refección de muchos campos semánticos. Es notable, por ejemplo, ver cómo en Hipócrates se crean sistemas de estos para los nombres de las comidas, las estaciones; cómo Heráclito hace entrar el término *λόγος* en nuevas oposiciones; cómo Platón altera todo el sistema

<sup>1</sup> Cf. C. Roura, *El campo semántico «tiempo» de Homero al ático del siglo V*, tesis doctoral en extracto, Madrid 1970.

<sup>2</sup> Cf. *El campo semántico «muerte/vida» de Homero a Platón*, C.S.I.C. en prensa.

de los adjetivos y nombres de valor, para crear una clara oposición exclusiva dentro de cada uno de cuyos términos tienden a convertirse en sinónimos, respectivamente, ἀγαθός, καλός, δίκαιος y κακός, αἰσχρός, ἄδικος, contrariamente al uso común de la lengua griega<sup>1</sup>. No menos interesante es ver, por ejemplo, cómo evoluciona el sistema de los verbos de «devenir» del griego común a Platón y de éste a Aristóteles: la evolución del pensamiento se refleja en una evolución del campo semántico<sup>2</sup>.

A estas creaciones hay que añadir las que proceden de grupos sociales, como, por ejemplo, las que tendían a identificar ἀγαθοί ya con los aristócratas, ya con los demócratas (cf. Lisias 31.30); las tendencias a especializar ciertas palabras en sentido religioso, en el de diversas ciencias, etc.

De todo ello resulta una situación bastante confusa, que el Diccionario debe esforzarse en reflejar. Por ejemplo, en nuestro trabajo arriba citado sobre el vocabulario de Heráclito hemos hecho ver cómo no solamente λόγος, sino también otras palabras tienden a integrarse en su sistema. No es posible una buena definición del sentido de μέτρον, δίκη, ἀρμονία, etc. en Heráclito sin relacionarlo con el de λόγος y separarlo de los usos «normales»; πῦρ debe referirse a ξν, etc. Pero estos términos guardan huellas de su antiguo uso «normal», así su carácter divinizado en ocasiones.

Todo esto ha de estudiarse por fuerza, al nivel del Diccionario, mediante el establecimiento de acepciones. De un modo paralelo podremos estudiar así, por ejemplo, la especialización de una serie de términos en usos religiosos diversos, junto a los cuales continúan vivos los profanos: así en los verbos τελέω, etc. aludidos arriba, pero también en otros casos más. En verbos de «sacrificar» como θύω, σφάζω, χέω, etc. es fácil separar los usos profanos de los sagrados; y dentro de éstos establecer las especializaciones respectivas, dentro de un árbol encabezado por θύω, de valor puramente sacral. La indicación de los contextos hace ver claramente si se trata de ofrendar animales o vegetales, o bien líquidos, y éstos bien en el culto ctónico-funerario, bien no, etc.

Claro está, apuntábamos arriba que hechos como éstos pueden ser descritos bien a base de dos campos semánticos, bien de uno solo en el que, en un nodo del árbol, entra una nota nueva: en este caso la del «sacrificio». La separación es más bien cuestión de conveniencia.

Por otra parte, cuando en una palabra coinciden dos notas o rasgos propios de dos campos semánticos, podemos concebirla como un punto de enlace entre los mismos. Así, en el campo «vida/muerte» aludido arriba hallamos que en αἰών, que es «vida» o «principio vital», aparece en ciertos contextos una dimensión temporal: hay enlace con el campo del tiempo,

<sup>1</sup> Cf. la bibliografía antes citada y «Lengua, Ontología y Lógica en los sofistas y Platón», recogido en *Estudios de Semántica y Sintaxis* cit., p. 267 ss.

<sup>2</sup> Cf. O. Guntiñas, *El campo semántico del devenir en Platón y Aristóteles*, tesis doctoral inédita, Madrid 1975.

como en *βίος* lo hay con el de la economía. En el sistema de los nombres de edad de las mujeres, en *παρθένος* se entrecruza una nueva nota, la de «no casada», con lo cual *παρθένος* y *γυνή* se oponen sobre dos notas diferentes.

Nuestra idea es que una palabra puede oponerse a varias otras sobre notas diferentes que engendran acepciones: estrictamente, cada una pertenece a un campo semántico. Pero hay que distinguir los casos de homonimia, en que los significados son sentidos como totalmente diferentes, sin puente alguno, de los de la simple existencia de acepciones. En este caso la palabra se siente como perteneciendo simultáneamente a ambos campos (así *αἰών*, *βίος*) o bien como subordinándolos bajo una idea común (la de violencia en el caso de *δάμνημι*, cf. infra). Sería equivocado romper la unidad del lema. Pero la atención a los campos semánticos en que simultáneamente está la palabra o los que subordina es tan importante para fijar las acepciones como la atención a los campos semánticos alternativos.

#### 4. CÓMO DEFINIR EL SIGNIFICADO

Sin haber llegado a penetrar a fondo en los distintos tipos de distribución de las palabras, resulta claro desde ahora que estas distribuciones están en relación con la posición de las mismas dentro de campos semánticos sumamente alternativos y variables, a veces organizados en torno a una misma palabra, y que comportan oposiciones de distintos tipos, neutralizaciones, variantes sociales o individuales.

Todo esto hace, pensamos, que resulten sumamente insuficientes aquellos ensayos de descripción del significado que se apoyan en relaciones fijas y uniformes o en semas igualmente fijos y bien tipificados. Téngase en cuenta que, en realidad, el operar con semas o con tipos de oposición es facultativo: son conceptos complementarios.

Una primera propuesta para lograr definiciones semánticas claras e inequívocas es la consistente en dar, para una palabra, la totalidad de los semas o átomos semánticos que la distinguen de otras del campo: *taburete* será, junto a *silla*, *sillón* etc. un «asiento» provisto de los semas «sin brazos», «sin respaldo», etc. El sema común será el archisemema, punto de cruce de los sememas (conjunto de semas de las distintas palabras del campo). Este es el análisis bien conocido de Pottier, al cual añade en un libro reciente<sup>1</sup> ejemplos como las palabras cuyo archisemema es «manifestación sonora bucal» (*aboyer*, *crier*, *glousser*, *miauler*...) o las de «transporte de personas» (*voiture*, *taxi*, *autobus*, *autocar*...). Estos sistemas en que cada palabra contiene varios semas, forman paradigmas en los cuales las palabras contraen oposiciones varias según los semas.

La objeción que puede ponerse antes que ninguna otra a esta propuesta es que se trata de ejemplos muy simples, de objetos concretos o actividades

<sup>1</sup> *Linguistique Générale*, París 1974, p. 61 ss.

también concretas: igual en el caso de otros autores, por ej., los sistemas de semas propuestos por A. Lehrer en su libro antes citado sobre sistemas léxicos en el campo de los guisos o de los productos de pastelería en diversas lenguas, o los de M. Alinei, relativos al «caballo» o al «sonido del caballo». Es mucho más difícil establecer los semas de palabras relativas, por ejemplo, al reino vegetal (*manzana, pera, melocotón...*) o animal (*perro, gato, caballo...*) o al dominio de lo abstracto (*belleza, fealdad...*).

A la segunda objeción, consistente en la variabilidad del significado de las palabras, ha respondido Pottier con su teoría de los semas virtuales que sólo aparecen en determinados contextos. A su oposición de semas estables y semas virtuales responde muy aproximadamente, en la Lingüística americana, la oposición entre *distinguishers* y *selection restrictions* propuesta por Katz y Fodor y seguida por Chomsky y otros autores<sup>1</sup>. La teoría que subyace es la de que, a pesar de todo, la palabra tiene un núcleo sémico absolutamente fijo, por lo que los rasgos distintivos en contextos especiales serían de un tipo especial. Pero eso no es cierto, llámese a los rasgos distintivos propios sólo de distribuciones especiales virtuales, *selection restrictions* o (como quiere Weinreich) *transfer features*. El núcleo común es borroso en grados diversos y no existe en los casos de hominimia; con frecuencia las acepciones tienen igual nivel jerárquico y son variantes de un núcleo central sumamente vago. En un cierto sentido, todos los semas son virtuales: sólo aparecen en determinadas distribuciones. Todos pueden desaparecer: puede haber un *hermano* que sólo lo es figuradamente, un *tigre de papel* al que queda poco del tigre real. Concebir los sentidos «matar», «violar» y «domar» de δάμνημι (cf. III.1.1.1) como suma de un semema «violencia» y semas particulares resulta artificioso.

Pero, sobre todo, aunque extendamos el análisis componencial a cada acepción prescindiendo de diferencias de jerarquía, una serie de lingüistas han presentado la objeción de que los semas que integran una palabra no se suman simplemente, sino que entran en relaciones. La estructura profunda de una palabra, según esta concepción de Weinreich, Heger, Parisi, Fillmore, Alinei y otros<sup>2</sup>, comprende tanto unidades semánticas como relaciones entre estas unidades: es, en definitiva, una frase o una oración. Se ha intentado explicitarla bien mediante diagramas (Parisi), bien mediante fórmulas (Heger) bien mediante transposiciones a lenguas modernas (Alinei).

Esta podría ser otra vía de ataque al problema de la exposición del significado de la palabra. Pero hay que observar que no carece, ésta también, de inconvenientes. Realmente, es un dominio en que no disponemos de instrumentos de control que aseguren la exactitud de los análisis que, unas

<sup>1</sup> Véase la crítica de U. Weinreich, «Explorations in Semantic Theory», en *Semantica* ed. D. D. Steinberg y L. A. Jakobovits, Cambridge, Mass. 1971, p. 317 ss.

<sup>2</sup> Cf. U. Weinreich, art. cit.; D. Parisi, «Un modèle componentiel du signifié», *Linguistica Matematica e Calcolatori*, Florencia 1973, p. 481 ss.; K. Heger, *Teoría Semántica II. Hacia una Semántica Moderna*, Madrid 1974; J. Fillmore, «Types of lexical information», en *Semantics* cit., p. 370 ss.; M. Alinei, ob. cit.

veces explícita y otras implícitamente, nos llevan a la existencia de una serie de átomos semánticos universales y otra serie de relaciones también universales de tipo lógico. Es, simplemente, una hipótesis, que el análisis semántico de *dentist* sea un conjunto de verbo y complemento (algo así como *fix* y *teeth*) como propone Weinreich; parece un análisis nuestro entre otros posibles, más que una relación objetiva de los elementos componentes. E igual los análisis de Alinei, de Heger, etc., que en realidad lo que hacen es analizar unas palabras por medio de otras más relaciones gramaticales entre ellas.

Es evidente que toda teoría semántica tiende a la simplificación, pero no debemos dejarnos arrastrar excesivamente por ella. En realidad existe la tendencia a dos simplificaciones contrarias entre sí y ambas peligrosas si se aceptan con exclusivismo:

a) Una de ellas es la que encuentra en los significados de las palabras elementos fijos y constantes combinados en formas fijas y constantes. Es la que nos ha ocupado hasta aquí, en una derivación del análisis componencial. Pero en términos puramente opositivos también aparece en las obras de Lyons y Lehrer citadas más arriba, cuando tienden a reducir las oposiciones de las palabras a unas cuantas etiquetas: sinonimia, incompatibilidad, inclusión de clase, antonimia, complementariedad, reciprocidad, «parte de», segmentos que se solapan, grado o jerarquía. Estos conceptos pueden ser útiles, pero es claro que no agotan las relaciones opositivas entre las palabras.

b) Inversa es la tendencia a establecer una rígida separación entre las oposiciones de palabras y las de una jerarquía superior. Por ejemplo, Pottier ha propuesto la existencia de clasemas, que caracterizan a clases de palabras por rasgos del tipo «transitivo» frente a «intransitivo», «humano» frente a «no humano», etc. Es paralelo el proceder de Katz y Fodor y de Chomsky al separar entre *semantic markers*, equivalentes a los clasemas, y *distinguishers*. Hoy día, sin embargo, es general la repulsa a esta teoría: véase lo que dicen, entre otros, U. Weinreich<sup>1</sup> y V. Sánchez de Zavala<sup>2</sup>. La pura verdad es que, si es cierto que hay rasgos más o menos abstractos, más o menos generales, no existe una jerarquía absoluta entre los mismos. Rasgos idénticos a los clasemas aparecen distinguiendo acepciones de una misma palabra; rasgos concretos distinguen campos semánticos enteros y subclases de palabras<sup>3</sup>.

El tejido de relaciones en que están envueltas las palabras y sus acepciones es muy complejo; hemos de insistir, a más de lo dicho, en las subclases de palabras, en las distribuciones determinadas gramaticalmente o no, etc. Tratar de hallar unas unidades mínimas fijas y finitas o, al contrario, establecer jerarquías que separen tajantemente los rasgos lexicales de los demás, no ha

<sup>1</sup> Loc. cit., p. 317.

<sup>2</sup> Ob. cit., p. 150.

<sup>3</sup> Cf. «Subclases de palabras, campos semánticos y acepciones», en *Estudios de Semántica y Sintaxis*, cit., p. 177 ss.

dado hasta el momento resultados decisivos. Da la impresión de que existen, efectivamente, elementos universales o muy repetidos dentro de las lenguas, pero existen también otros muy concretos y difíciles de definir. Se llega siempre a la misma conclusión: es mucho más fácil captar las oposiciones que los rasgos en que se basan o los semas que dibujan. Sigue siendo imposible establecer un sistema de símbolos y fórmulas que dé cuenta de la sustancia del significado. ¿Cómo definir de esta forma los términos de la serie *hermoso / guapo / bello / feo* o, como decíamos arriba, *pera / manzana / melocotón*, etcétera? El trazar un foso tajante frente a la Sintaxis y a las agrupaciones de palabras es igualmente irreal, por más que los Diccionarios, convencionalmente, eliminen una parte del problema al estudiar palabras y no campos semánticos, significados lexicales y no otros.

¿Cómo proceder entonces? No existe una respuesta simple. En realidad hay tres caminos, todos insuficientes:

1. El significado de las palabras es captado por los hablantes de una lengua gracias a la red de relaciones que se establecen entre ellas: a los sistemas opositivos en que entran (campos semánticos), las clasificaciones en que se integran (clases y subclases de palabras), sus distribuciones, su frecuencia. El Diccionario ha de dar, pues, los máximos datos sobre todos estos extremos; en lo relativo a distribuciones y frecuencias y también transformaciones hemos de precisar más aún. Si fuera posible recoger la distribución y frecuencia exacta, los sistemas opositivos exactos, teniendo en cuenta que se trata de un material cambiante, de un diasistema simplemente, tendríamos ante nosotros los mismos datos que los hablantes de la lengua. Ello, evidentemente, no es posible; no sólo por insuficiencia de datos, sino también por el fenómeno de la abertura de las lenguas, de sus reclasificaciones constantes, del factor que para la interpretación del significado representan los rasgos propios de los diversos emisores y receptores. Hay un factor de ambigüedad no resoluble nunca del todo.

2. Aparte de los datos que nos son accesibles sobre las relaciones de cada palabra en el sistema léxico de la lengua estudiada, es claro que el Diccionario debe sugerir una interpretación. Esta interpretación consiste en descripciones tentativas de las oposiciones, obtenidas de la consideración de la distribución de los términos; a veces la transformación de la frase facilita la interpretación. La diferencia de sentido entre dos variantes de una misma frase (o frases transformables) con un sólo término conmutado o entre un mismo término en dos distribuciones diferentes, incluyéndolo en el concepto de distribución el contexto extraverbal, sigue siendo el mejor camino para la interpretación del significado.

3. Junto a él está el de la traducción. No es cuestión de insistir aquí sobre sus insuficiencias por el hecho bien conocido del anisomorfismo de las lenguas. Ello no impide que la traducción sea imprescindible: unas veces, tratándose de cosas concretas, porque no es posible formular en forma breve los rasgos distintivos; otras, como punto de partida.

Efectivamente, es claro que un concepto como el nuestro de «amor» no responde exactamente al ἔρως sáfico o que «aire» no es en todos los casos una traducción suficiente de ἀήρ. Son, sin embargo, el punto de partida, al cual se pueden añadir precisiones mediante la aducción de las redes léxicas que rodean las palabras respectivas en distribuciones dadas (punto 1) o la formulación perifrástica de los rasgos distintivos (punto 2).

Por supuesto, todo esto debe aplicarse tanto a los lemas en su conjunto como a sus acepciones o grupos de acepciones. Y es claro que en paráfrasis y traducciones pueden entrar elementos fijos o repetidos, identificables con semas o rasgos opositivos típicos. Son, solamente, insuficientes, al menos en el estado actual de nuestros conocimientos. Si no fuera así, no tendríamos necesidad de introducir, como elemento no sólo de control, sino también de sugerencia de interpretaciones, el máximo de datos relativos a las relaciones internas de cada lema con los demás de la lengua objeto de estudio.

### III. CLASES Y SUBCLASES DE PALABRAS, TRANSFORMACIONES

#### 1. IDEA GENERAL

La consideración paradigmática, a base de campos semánticos y oposiciones, no es suficiente para definir los significados de palabras y acepciones, sobre todo si operamos sobre una lengua, tal el griego antiguo, que sólo nos es conocida de una manera indirecta, a través de datos más o menos completos. En realidad, el sistema de oposiciones y campos es algo que deducimos y establecemos a partir del estudio de las distribuciones.

Este estudio se realiza a partir de una tipificación de las distribuciones: se establecen las distribuciones-tipo de una palabra y se estudia luego cuáles otras son conmutables en las mismas. Es el procedimiento que hemos seguido en estudios nuestros y de nuestros discípulos arriba mencionados y es, también, el que independientemente han preconizado autores como Apresjan<sup>1</sup> y Nagy<sup>2</sup>, que operan, respectivamente, sobre el inglés y el alemán. Ahora bien, la escasez de los datos puede completarse acudiendo a las transformaciones. Por ejemplo, al establecer las distribuciones de λόγος en Heráclito, el tipo en que λόγος es sujeto de ἐστί es suplementado con construcciones transformables en éstas: τοῦ δὲ λόγου τοῦδ' ἐόντος equivale a ὁ λόγος ἐστὶν ὃδε. De esta manera se logra una mayor exhaustividad y simplicidad en la descripción.

Ahora bien, cuando vamos al problema de tipificar las distribuciones, nos encontramos en primer término con rasgos sintáticos. Se trata de los distintos regímenes o construcciones que pueden admitir los verbos, ya en distintas

<sup>1</sup> Art. cit. en *Langages* 1.

<sup>2</sup> *Abriss einer funktionellen Semantik*, La Haya 1973.

acepciones ya en una misma (neutralización); se trata también de las funciones en que puede usarse un nombre o un adjetivo, por ejemplo, explicitadas con frecuencia por los casos.

Hemos hablando de verbos, nombres, adjetivos: con esto hemos introducido la noción de las clases de palabras. Un Diccionario no sólo indica a qué clase de palabras pertenecen sus lemas, sino que, dentro de ellos, indica con qué clases de palabras se combinan o dejan de combinarse. Un adjetivo en nom. sg. no se traduce igual si determina a un nombre o a un verbo por ejemplo. Es decir, las clases de palabras son relevantes a efectos de la distribución del lema, pero también a efectos de la distribución de las acepciones. Naturalmente, la diferencia de distribución no significa siempre diferencia de acepción; dos distribuciones diferentes pueden corresponder a una misma acepción o, al menos, a una misma traducción, según se ve en cualquier Diccionario bilingüe. Todo esto, así como lo que sigue, será ejemplificado con datos del *DGE* en III.2.

Pero con esto no hace sino comenzar la tipificación de las distribuciones. El segundo paso está en la intervención de las subclases de palabras, a las que ya hemos hecho referencia. Es característico de ciertos adjetivos —y hemos visto algún ejemplo— referirse sólo a personas, mientras otros pueden ser de persona o cosa; las acepciones de ciertos verbos difieren según el sujeto o el complemento sean de persona o de nombre de lugar o de nombre de acción, etcétera; otras veces el verbo sólo admite el sujeto o el complemento de uno de estos tipos. Es decir: la subdivisión de las clases de palabras en grupos (subclases) tiene trascendencia distribucional y define el significado bien de las palabras que con ellas se combinan, bien de las acepciones que se combinan. Esto quiere decir que el rasgo característico de la subclase de palabras (*clasema* para Pottier, *semantic marker* para los semánticos americanos) ya se adscribe a una palabra, ya a acepciones de la misma. Es más: una subclase puede eventualmente abarcar palabras de varias clases. Por ejemplo, los cuantificadores pertenecen a un tipo distribucional único (el que define, por ejemplo, el genitivo partitivo); pues bien, a ellos pertenecen tanto adjetivos como pronombres como numerales.

A partir de estas subclases se definen muchas de las nociones que intervienen en las oposiciones de las palabras. Por ejemplo, el matiz temporal de αἰών, que incluye a esta palabra en esa acepción en el campo semántico «tiempo», aparece en contextos con subclases de palabras, del verbo sobre todo, que designan tiempo. Igual sucede en Sintaxis: el acusativo de tiempo se da en nombres que son régimen de verbos de tiempo. En definitiva, tanto el léxico como las categorías y funciones sintácticas se compatibilizan en la cadena hablada; y esa compatibilización es la que promueve una reclasificación de los campos semánticos y sus oposiciones y crea significados totales y acepciones. Pero hay que advertir que este segundo grado de tipificación de las distribuciones creado por las subclases de palabras va seguido del representado por grupos de palabras cada vez más reducidos, cada vez más laxos y variables; el último extremo es la distribución consistente en una sola

palabra, es decir, la que crea frases hechas o lexías. Y hay que recordar que existen distribuciones no verbales: según las circunstancias en que se realiza la comunicación lingüística, según quienes toman parte en ella, según signos extralingüísticos que se acompañan, el sentido de palabras y acepciones varía; esto debe hacerse constar también en un Diccionario. Y debe añadir, finalmente, referencia a la distribución lejana.

Recordemos, de otra parte, que un campo semántico comprende o puede comprender palabras de varias clases. En trabajos de nuestra escuela se ha procedido siempre así, estudiándose sucesivamente, dentro de un campo, el plano del verbo, el del nombre, el del adjetivo; son estudiables también otros<sup>1</sup>. Se trata, si se quiere, de pequeños campos independientes, pero estrechamente relacionados porque actúan analógicamente unos sobre otros.

Estos pequeños campos son con la mayor frecuencia asimétricos. En griego antiguo frente a un verbo ζῶω «vivir» no existe en fecha antigua un nombre «vida» y sí varios abstractos con notaciones ajenas al verbo. En los nombres concretos hay en Homero una oposición σῶμα / νεκρός que opone lo animado a lo humano dentro de la noción de «cadáver», cosa extraña a los verbos «vivir» y «morir»; pero la palabra «cuerpo vivo» (δέμας) ignora esa oposición y, es más, se extiende a estructuras sólo figuradamente consideradas como vivas.

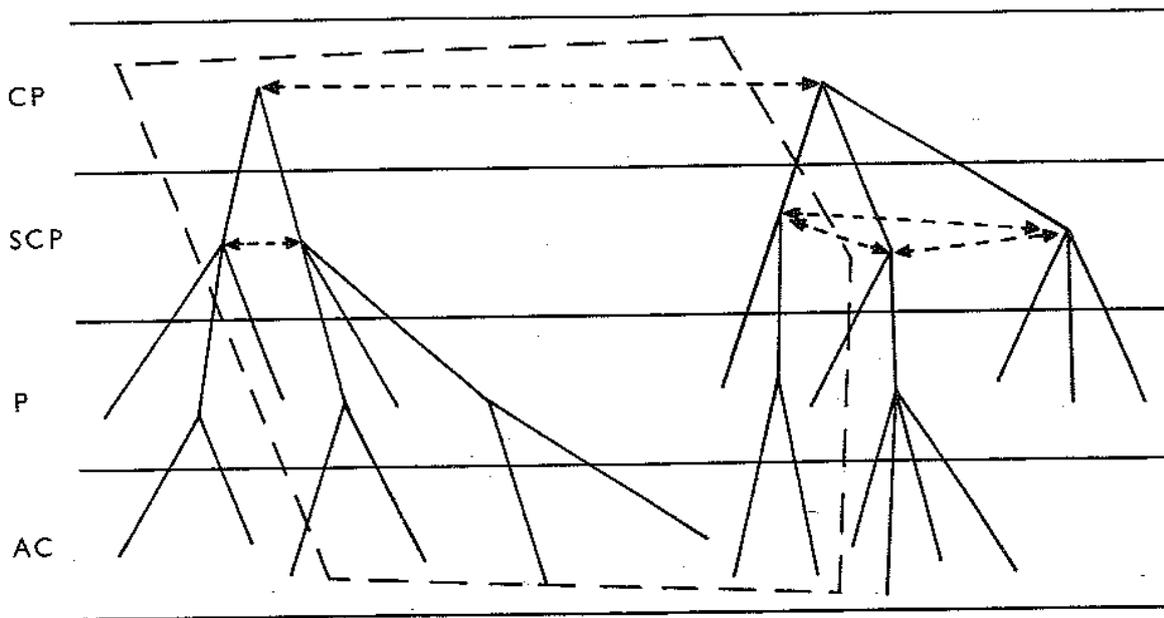
Todo esto tiene relevancia a la hora de establecer el significado. Es importante, para cada palabra, saber las posibilidades de transformación que llevan a otras clases de palabras o directamente a otras subclases (varias subclases de nombres, por ejemplo). Hay que tenerlas presentes porque con frecuencia son un útil paralelo para establecer los significados; además, cuando nuestra documentación en cuanto a distribuciones es escasa, una transformación nos da, como hemos dicho, distribuciones equivalentes. En términos generales las distribuciones de los verbos son las mejor definidas gramaticalmente, admitiendo mayor número de construcciones; el significado del nombre, con sus acepciones, puede obtenerse, así, mediante una transformación de este tipo.

Pero hay peligro por el hecho de la asimetría de las oposiciones dentro de cada clase y aun subclase de palabras; del mismo modo que hay asimetrías entre sectores del campo ocupados por una misma clase de palabras.

Esta complicada red de relaciones en que se encuentran inmersas las palabras de cualquier lengua se hará, quizá, más clara mediante un diagrama referente a los hechos de sistema o paradigmáticos que, como sabemos, tienen a su vez un reflejo en hechos sintagmáticos o distribucionales. El diagrama establece cuatro niveles, los de la CP (clase de palabras), SCP (subclase de

<sup>1</sup> Ciertos lingüistas, como Apresjan, se limitan siempre a una clase de palabras mientras que Alinei propugna explícitamente la intervención de varias clases; otros autores no se pronuncian, aunque se suele operar más bien con palabras de una clase.

palabras), P (palabra) y AC (acepción); indica mediante líneas de trazos y flechas las transformaciones; los trazos más largos delimitan un campo semántico; y hace ver la asimetría entre los elementos de clases y subclases que entran en un mismo campo semántico, y el hecho de que ya son palabras ya acepciones las que entran en él. Es incapaz, en cambio, de dejar ver que los rasgos distintivos de subclases, palabras y acepciones son en ocasiones los mismos, en otras no:



## 2. MÁS SOBRE LAS SUBCLASES DE PALABRAS

Todo estudio de descripción gramatical o semántica debe arrancar, pues, de un estudio de las distribuciones, que es precisamente aquel que con mayor claridad explicita un Diccionario. Este es el programa que hemos descrito en otro lugar<sup>1</sup>: comenzar por un estudio de las distribuciones seguido de otro de las transformaciones y deducir a partir de ahí consecuencias sobre el sistema opositivo. Añadimos la necesidad de un estudio de frecuencias, destinado a hacer ver el peso respectivo de las distintas acepciones (fundadas en distribuciones) en el significado de la palabra.

Dentro de ese estudio distribucional es sumamente importante la consideración, después de los factores gramaticales, de los derivados de las subclases de palabras. En dos tesis doctorales dirigidas por nosotros, la del Dr. López Facal sobre *Los usos adverbiales del acusativo, dativo y genitivo en la lengua de Heródoto*<sup>2</sup> y la de la Dra. Martínez Valladares sobre *Estudios sobre la*

<sup>1</sup> «Problemas y métodos de la descripción sintáctica», recogido en *Estudios de Semántica y Sintaxis* cit., pp. 165-175.

<sup>2</sup> Madrid, C.S.I.C., 1974.

*estructura del sistema de las preposiciones en Tucídides*<sup>1</sup> se ha aplicado sistemáticamente el estudio de distribuciones sobre la base de las subclases de palabras del griego, con resultados que creemos importantes. Nos interesa a este respecto preferentemente el trabajo de la Dra. Valladares por referirse al significado de palabras que, aunque sean gramaticales como las preposiciones, no dejan de ser palabras de Diccionario.

Es un programa absolutamente factible, y realizado en el caso de Tucídides, tipificar la distribución de las preposiciones sobre la base de las subclases de palabras del sujeto, verbo y régimen; otras distribuciones que no encajan a primera vista en este esquema se reducen a él mediante transformación. A su vez, los tres factores decisivos de la distribución que hemos mencionado y que simbolizamos por A, B y C respectivamente pueden ser referidos a un número finito de subclases, que se tabulan independientemente para el sujeto, el verbo y el régimen. Puede darse así una fórmula para cada distribución tipificada de una preposición.

Por ejemplo, el sujeto (A) puede ser 1 (nombre de persona o asimilado), 2 (nombre de lugar) o 3 (nombre de acción o neutro). El verbo (B) tiene seis números (de movimiento, de estado, de acción, de acontecimiento, intransitivo, pasivo), cada uno de los cuales se subdivide, comprendiendo, por ejemplo: el tipo 1 (de movimiento) los de movimiento real (a) y figurado (b); el tipo 2 (de estado) una serie de letras que van de a) (εἶναι y estado en general) a k) (ἔχειν + adv.), y así sucesivamente. El régimen (C) comprende ocho números: nombres de lugar, tiempo, acción, objeto concreto, persona, pronombres y neutros, los cuales a su vez se subdividen en letras: por ejemplo 5 (nombres de persona) se divide en a) de persona en sg., b) de persona en pl. y étnicos, c) nombres de linajes. En ocasiones estas subdivisiones se subdividen a su vez.

Estas subclases de palabras no están establecidas caprichosamente, sino que se deducen de los hechos de distribución en cuando afectan al significado. Es visible, por ejemplo, que palabras como πόλις y ναῦς entran como sujetos de ciertos verbos en la misma clase que nombres de personas y colectivos como στρατός. Sin embargo, la división en subclases está determinada por los casos de mayor restricción en cuanto a los sujetos o verbos o regimenes posibles: otras veces las oposiciones se neutralizan, es decir, a una subclase del verbo responden dos o tres clases del sujeto o del régimen; o inversamente. También hay que notar que son posibles las reclasificaciones: πόλις o ναῦς se integran alternativamente en la subclase indicada o en la de nombres de lugar, etc.; y existen fenómenos ocasionales de uso figurado que modifican el sistema. Ello depende de la abertura general de la lengua y no es de extrañar. Pero es interesante medir la frecuencia de estos hechos para separar las acepciones marginales u ocasionales de las que ocupan el centro del significado o son acepciones normales.

<sup>1</sup> Publicada en extracto, Madrid 1973; cf. también *Emerita* 38, 1970, pp. 53-94 y *RSEL* 3, 1973, pp. 185-194.

Insistamos, de otra parte, en que hay dos escalones en las subclases de palabras, el que designamos con numerables árabes y otro inferior indicado con letras minúsculas. Por ejemplo, en nuestro sistema llamamos 1 a los verbos de movimiento, siendo los a) de movimiento real y los b) de movimiento y figurado. Es claro que los fenómenos de reclasificación son más frecuentes cuanto más se desciende en la escala.

Mediante este sistema es factible establecer todas las fórmulas posibles de una preposición, dando asimismo la frecuencia absoluta de cada una. No menos claro es que a mayor diferencia de las fórmulas, mayor será la diferencia del significado. En cambio, hemos considerado sinónimas fórmulas que difieren, dentro de uno de sus tres términos o de dos de ellos, por subclases de palabras cuya oposición hemos dicho que en este caso se neutraliza. Ello se deduce de que, conmutando la preposición por otra, cambia el sentido de la misma manera: no hay, pues, dos distribuciones, sino una sola. Más difícil es, para nosotros, captar la diferencia semántica entre dos fórmulas de que obtenemos igual traducción, pero que sería forzado, sobre esta sola base, combinar en una.

Por otra parte, la división en subclases del sujeto es mucho más restringida que la del régimen, siendo ambos nombres: evidentemente, su repercusión sobre el significado se efectúa a través de un menor número de matices.

Veamos unos ejemplos que aclararán lo dicho hasta aquí.

a) La primera fórmula distribucional de la preposición *ἀπό* con genitivo, que llamamos I a 1, es

$$A_1 - B_{1a} - \text{ἀπό} - C_{1a/c}$$

En ella el sujeto es de persona, el verbo de movimiento y el régimen bien de persona bien de lugar: entran en este tipo frases como *ἀπὸ δὲ τῆς Ἐφέσου ὁ Ἀλκίδας ἔπλει Alcidas partió por mar de Efeso* y como *Εὐβοία ἀπέστη ἀπ' Ἀθηναίων Eubea hizo defección de los atenienses*. Parece que es justo en casos como éste admitir la neutralización de las dos subclases «nombre de persona» y «de lugar» del régimen y también, desde luego, del sujeto.

b) Muy diferente es el caso II a 1, fórmula  $A_1 - B_{2i} - \text{ἀπό} - C_{1c/5a}$ , que comporta un verbo *accipiendi* y un régimen que ya es nombre de persona, ya pronombre personal; el verbo es transitivo. Aquí en una frase como *ἀντιτυχεῖν ἐπικουρίας ἀφ' ἡμῶν lograr ayuda de nosotros* se traduce igualmente con *de*, pero esta equivalencia de la traducción no da garantía de que el sentido de la preposición sea el mismo: más bien debería decirse que tanto *ἀπό* como *de* tienen esos dos sentidos, próximos por lo demás, en distribuciones paralelas.

c) Si pasamos a I a 2, con fórmula  $A_1 - B_3 - \text{ἀπό} - C_1$ , es decir, al tipo con sujeto de persona, verbo de acción y régimen de lugar, vemos que se impone una traducción diferente, *desde*: *ἀπὸ νεῶν ἐπεζομάχουν* es *libraban una batalla de a pie desde las naves*. Nótese que la subclase «verbos de acción» neutraliza muchas subclases subordinadas e igual la de «nombres de lugar». Y que el mayor alejamiento de esta fórmula respecto a la primera se justifica

por la presencia de un verbo de acción, frente al cual el de movimiento y el *accipiendi* están relativamente próximos, y por la ausencia de los nombres de persona del régimen.

Sin embargo, con esto no está dicho todo. Las traducciones no son suficientes, insistimos, para darnos una idea de una lengua extraña. Recogiendo datos del plano paradigmático de la misma vemos que nuestras fórmulas a) y c) tienen de común frente a c) el que admitan una conmutación de  $\acute{\alpha}\nu\acute{o}$  por  $\acute{\epsilon}\kappa$  para indicar una dirección contraria del movimiento: a eso se debe el que las agrupemos como I a 1 y I a 2. Efectivamente una oposición común hace verosímil una unidad de sentido. Ahora bien, I a 1 y I a 2 se diferencian porque la primera admite una oposición  $\acute{\alpha}\nu\acute{o} / \acute{\epsilon}\kappa$ , dentro de la misma dirección del movimiento, mientras que ni I a 2 ni II a 1 admiten  $\acute{\epsilon}\kappa$ . Esto tiene que ver también con el sentido: la posibilidad de introducir  $\acute{\epsilon}\kappa$  se justifica por un movimiento que puede arrancar desde dentro del punto de partida ( $\acute{\epsilon}\kappa$ , frente a  $\acute{\alpha}\nu\acute{o}$  polarizado o neutro). Hay, pues, en cada fórmula un punto de vista diferente.

Así, sin haber introducido los datos de las transformaciones ni de las frecuencias, puede verse cuán delicado es el problema de deducir consecuencias semánticas a partir de las distribuciones, pero, también, que el principio es justo. Asimismo, puede verse que el problema de la interrelación de las palabras en una lengua, con sus concomitancias semánticas, no es exactamente el mismo que el de traducir a una segunda lengua, que es precisamente el problema del Diccionario. Pero sobre esto hemos de insistir todavía en III.2. Aquí nuestro tema era el de los sistemas semánticos dentro de una lengua dada como punto de partida —uno de los puntos de partida— para la traducción.